

Una Iglesia que responde a los desafíos del tiempo

Rafael M.^º Sanz de Diego



REVUELTA GONZÁLEZ, Manuel
La Iglesia española en el siglo XIX. Desafíos y respuestas. Madrid, 2005, Ediciones Universidad P. Comillas, 284 págs.

Se recogen en este libro diez artículos (nueve y un epílogo) que han ido apareciendo a través de más de un cuarto de siglo, lo que hasta ahora dura la labor historiográfica de uno de los mejores historiadores de la Iglesia en activo: Manuel Revuelta, SJ. Son conocidas sus obras mayores y nos hemos hecho eco de ellas en estas páginas. Las principales son los dos tomos

monumentales de la *Historia de la Compañía en España (1868-1906)*, con su apéndice sobre las obras educativas jesuíticas españolas en el mismo período, los dos tomos de las *Memorias del P. Luis Martín* y varios libros más: su tesis sobre el Trienio Liberal, su espléndido estudio sobre *La exclaustación*, la antología sobre el *anticlericalismo español* y su aportación a la historia de la *Compañía de Jesús en España e Hispanoamérica*.

El libro actual se estructura en cuatro partes progresivas: La primera, dedicada a los *conflictos y arreglos entre el Estado liberal y la Iglesia*, al abordar un tema general que se extiende durante todo el XIX —las agresiones liberales y el arreglo del Concordato de 1851—, enmarca y vertebra el resto. *El clero español*, secular y regular, es analizado en los tres estudios de la parte segunda. Es razonable prestarle atención porque el estamento clerical fue el más afectado por las reformas y el que reaccionó mejor a lo largo del siglo. Son objeto de la tercera parte *Los embates de los tiempos*, que ha debido padecer la Iglesia española, secularización y anticlericalismo. Son confrontaciones que a la Iglesia

le vinieron de fuera. Una nace de deseo de emancipación y otro de hostilidad. La cuarta estudia *las respuestas adecuadas* de la Iglesia: evangelización y enseñanza. Un epílogo sobre los dos Jubileos celebrados al comienzo y al fin del siglo XX cierra el libro.

Tratan sobre todo del siglo XIX pero a veces se hacen incursiones en el XX: además de en el Epílogo, al tratar de los religiosos y de la secularización. Se centra en España, pero con frecuencia aparece el escenario europeo.

Quizá lo primero que llama la atención es la constancia en el buen hacer, lo minucioso y honesto de cada investigación, su apoyo en datos y el estilo ágil. Siempre ha sido positivo el autor con los personajes que historia, pero en los estudios últimos se acentúa la comprensión de las posturas enfrentadas y la huída de un maniqueísmo estéril. No por eso pierde claridad. Y gana en hondura. El tratamiento de la confesionalidad y los matices al describir un fenómeno complejo como la secularización —el vocablo engloba situaciones diferentes— permite acercarse con solidez a realidades de nuestra historia actual. El autor ha actualizado la Bibliografía, siempre amplia: las ocho páginas del índice de nombres hacen ver que hay muchos autores citados y que su abanico es amplio, en el tiempo y en las tendencias ideológicas.

Revuelta muestra que está al día en campos en los que se publica mucho. No se limita a una mera acumulación de títulos. Con juicios concisos orienta al lector sobre el valor de cada obra citada.

Estos estudios aparecieron, a lo largo de casi un cuarto de siglo, en plataformas especializadas, de no fácil acceso a quienes no son historiadores. Publicándolos ahora, la Universidad Comillas, en la que el autor enseña, los hace accesibles a otros segmentos de la población. Rinde un homenaje merecido a quien ha escrito tanto y tan bien en estos años. Y pone a disposición de muchos una visión de nuestra historia reciente, articulada y novedosa, crítica y constructiva, sólida y de fácil lectura y, además, agradablemente presentada. ■

Memoria de vida

Marisa Regueiro



ROSA CARAZO, Ana:
A contramuerte.
Madrid, 2005, Sial-Fugger Poesía.

El profundo dolor por la muerte de un ser querido es llama que enciende la palabra desde los albores mismos de la lírica, que es como decir desde que el hombre es sensible a la vida. La tradición elegíaca tiene más de un hito de sublime expresividad, con una autenticidad superior: nada tan sincero, ni tan de verdad como la poesía que se instala en la única certeza de nuestra condición mortal.

El presente poemario, que Ana Rosa Carazo escribió en los días que siguieron a la muerte de su nieta de sólo veintitrés años de edad –un poema por cada año de su vida–, en un aciago accidente, tiene todos los atributos para formar parte del selecto grupo de los clásicos del género, en legítima compañía con las coplas manriqueñas o la elegía de Hernández por Ramón Sijé. Los mejores poetas acompañan en sus versos a la autora, como sus amigos más fieles. El poder redentor, salvífico, de la literatura no admite mejor demostración. «Te hablo –en su ofertorio inicial, como en un susurro– con palabras mías y palabras de otros: la de mis poetas, la de mis héroes, que fueron también los tuyos y que viven en mi memoria y acuden a mi llamada para reconfortarme; porque yo soy los libros que he leído...» Como dice Luis Alberto de Cuenca en el prólogo, *con los recuerdos, reales, de su nieta y con las palabras, ideales, de sus poetas preferidos, la desolada abuela ha ido trenzando los hilos de unos versos muy tristes y muy hermosos*. La invocación, desde el verso, es constante: «Permitid que os convierta en voz y en sangre mías, / que os injerte en mis versos. / Sin vosotros/ navego tan perdida. /Es vuestro rumbo el único/ al que me siento uncida».

La evocación del tiempo compartido nos descubre la fuerza del amor vivificador entre abuela y nieta: «Yo crecía joven a tu lado / por ver el mundo con tus mismos ojos». Un amor especial, en el que se da *una fluencia recíproca que ensancha la vida y la hace más plena* como con innegable acierto ha dicho Juan Manuel de Prada de este *poemario estremecedor, de hermosura terrible y elegiaca, en el que cada verso tiene el timbre de un gemido, en el que cada palabra sangra hasta quedarse exangüe de una pena que nunca cesa de fluir*. Y esa medida del amor lleva a un *desgajamiento* mucho más brutal, cuando se rompe con la desaparición de quien debería, por ley natural, continuar en la vida.

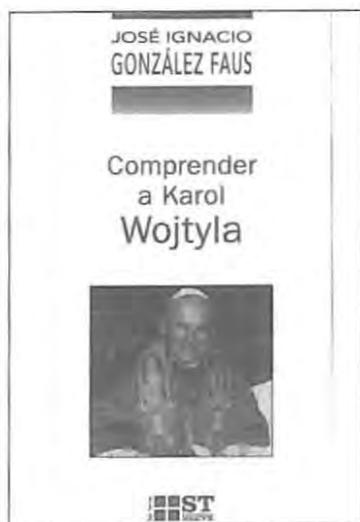
Los recuerdos de la cotidianeidad alcanzan cotas de una inusitada belleza poética: «Qué dulce el privilegio de tenerte (...) / compartiéndolo todo, / la luz de la mañana, y el misterioso don de la poesía, / la rutina del supermercado, / el quehacer de los días, / el inventar una receta mágica...»; «Te cantaba canciones de otros tiempos / y tú, gozosa, nacías a los míos...» Estremecen ciertas formas del duelo que busca asir la presencia: «Hoy que hace tan sólo una semana / de tu vuelo mortal, / veinticinco de agosto, / me he vestido de azul por la mañana / y me he sentado en mi rincón de sombra / con mi ¿esperanza? puesta en los azules / que tanto te alegraban las pupilas / y cercaban tu aire; / ese color que andaba por tu cuerpo, / tu dilecto color...» Tampoco falta cierta referencia a la insensibilidad ajena («Pues aquel celador indiferente, / guardián de la muerte y de su horario,

/ me conminó a salir, se le hacía tarde. / Y tuve que dejarte a solas con tu muerte. / Me arrancaron de ti / *como la uña de la carne*); ni a la crueldad de las prioridades del destino («Cuando naciste, / yo fui la primera, / que besó tu carita, rosa y oro», «También mis labios fueron / los últimos que se posaron en tu frente, / postreros, tercios besos de la despedida, sobre tu rostro pálido y helado»).

La hondura del dolor trasciende todo afán de consuelo («Yo no busco / ni conmisericordias ni consuelos. / Yo no quiero el descanso ni el olvido / ni las convalecencias suspirantes / por recobrar el pulso de la vida. / Como Teresa, quiero el don de lágrimas / y la llaga de amor abierta y viva.» El desgarramiento continuo y contenido («Este rayo ni cesa ni se apaga / pues me traspasa y vuelve a su porfía. / Ya destruyó por siempre mi alegría. / Mi corazón es una pura llaga»); la constatación de la fragilidad de los sueños («Te creías, -y yo también contigo- invulnerable / al dolor y al espanto»), parecen el único bálsamo aceptado: «Pero ya ves, amor, ésta tu abuela, / que ya esperaba poco de la vida, / ni prodigios ni muchas primaveras, / aquí te está llorando sin rebozo, / aniquiladamente viva». No obstante, desde el fondo mismo de la tristeza, se yergue el recuerdo, aunque lacerante, vivo y esperanzado de la invocación final: «Pero tú, nieta mía amadísima, / no vagarás nunca, / por el vasto jardín de auroras muertas / *donde habita el olvido*. / Y detrás de las sombras acechantes / siempre estará tu luz». ■

El papa que vino del Este

Juan Antonio Irazabal



GONZÁLEZ FAUS, José Ignacio
Comprender a Karol Wojtyla
 Santander, 2005, Sal Terrae, 86 págs.

Este breve ensayo interpretativo de la figura de Juan Pablo II no es fruto de una fulgurante inspiración al calor de los acontecimientos mediáticos de los meses pasados. Fue escrito hace varios años. Juan Pablo II es ahora un personaje histórico y, como tal, queda expuesto a los análisis críticos de la Historia. En esta obra se ha querido separar el juicio sobre la persona del juicio sobre el pontificado.

Lejos de buscar cualquier clave en textos aislados de la abundante producción pastoral del último papa, el autor parte de una interpretación de la historia religiosa, política y cultural del segundo milenio europeo –sobre todo en su segunda mitad–. Dicha historia fue vivida de muy diversa manera en el Este de Europa – más concretamente, en Polonia– y en el Oeste del continente. De ahí que ambas trayectorias se distancien a la hora de dar un diagnóstico sobre el complejo momento histórico– espiritual que atraviesa hoy gran parte de Occidente y del mundo contemporáneo.

«¿No quiere acaso Cristo, no dispone el Espíritu Santo que este papa (que lleva en su espíritu profundamente grabada la historia de la propia nación) manifieste en nuestra época su peculiar contribución a la historia de la cristiandad?» Estas palabras de K. Wojtyła el año 1979 en Polonia son una muestra, según el autor, de la peculiar trayectoria del cristianismo polaco. Para entender al último papa es necesario tener presente la historia atormentada de su país desde el comienzo de los tiempos modernos y, muy en particular, el mesianismo nacional y católico alimentado por los grandes escritores polacos del siglo

XIX, sobre todo por Adam Mickiewicz, sin olvidar la huella de J. Slowacki y su célebre *Himno al papa eslavo que ha de venir*. Por su parte, Towianski llamó a Polonia «el Cristo de las naciones».

Este factor místico-nacional llegó hasta K. Wojtyla. Pero, además, su propia experiencia personal le llevó a plantear en plena postmodernidad europea lo que el autor llama «la gran asignatura pendiente de la Modernidad», que no es otra que el sufrimiento y las víctimas, un tanto olvidadas durante los lustros optimistas de fines del siglo XX. La pretendida mayoría de edad de la Modernidad tiene que confrontarse con Auschwitz. Ya Mickiewicz había chocado con el «fatalismo progresista» de Hegel y sus epígonos, con la lógica de los vencedores. El recelo del papa Wojtyla hacia la Modernidad y su dificultad de conciliarla con la religión era más que una simple cuestión de mentalidad, escondía un problema de gran calado.

El fracaso de todos los intentos por reformar la Iglesia durante la primera mitad del segundo milenio desembocó en la división de las iglesias y en las guerras de religión, que, a su vez, forzaron a las sociedades a buscar la paz y la universalidad en la razón, al margen de la religión: ésa fue una de las tareas de la Ilustración. Ahora bien, la Polonia de Wojtyla no conoció la división de las iglesias cristianas ni el consiguiente movimiento ilustrado. De ahí que Juan Pablo II siguiera

creyendo en cierta supremacía del poder espiritual sobre el temporal y en la posibilidad de encauzar los acontecimientos desde dicho poder mediante el influjo directo sobre quienes ejercían el poder temporal.

Un problema paralelo fue el de la aceptación de la sociedad laica. La gran contradicción de la laicidad queda al descubierto cuando se comprende a sí misma como pura «neutralidad axiológica». Una democracia sin valores ¿merece existir? Pero ¿quién juzga de esos valores? El papa polaco abordó el conflicto entre libertad y verdad, sin llegar a convencer a todos, aun dentro de la Iglesia. A sabiendas de utilizar una fórmula simplista, el autor resume esa disparidad de puntos de vista diagnosticando que un Wojtyla prekantiano y postmarxista se encontró con una Europa postkantiana y premarxista.

El autor aborda también otros temas importantes como son la teología de la liberación, la herencia de este papado, la distinción entre papa y curia o la necesidad de descentralizar el papado mismo. Se podrá disentir en más de una ocasión, pero el ejercicio de profundización e interpretación al que nos invita merece la pena. ■